

# Borges y Güiraldes: historia de una pasión porteña

*Yvonne Bordelois*

La incorporación definitiva del nombre de Borges a las letras universales es un hecho irreversible: si se dice Argentina son muchos en el mundo los que piensan en Borges. Pero la celebridad de este nombre, el de nuestro único escritor global, ha ocultado acaso la historia de otros nombres memorables que acompañan el irresistible ascenso de Borges en el firmamento planetario.

Como dice Bloom, «es necesario que dejemos de pensar en el poeta como si fuera un ego autónomo. Por más solipsistas que sean los poetas más fuertes, todo poeta es un ser atrapado en una relación dialéctica (transferencia, repetición, error, comunicación) con otro u otros poetas» (*La angustia de las influencias*, Monte Avila 1991, p. 101). Es decir que, como todos los escritores de este mundo, Borges nace y se hace en contacto con escritores próximos de su generación: su poderosa personalidad literaria se va dibujando precisamente a través de admiraciones y rechazos, muchas veces imprevisibles o sinuosos, pero siempre relevantes en su proyecto total. Como se describió a sí mismo, vemos en él a un hombre desgarrado hasta el escándalo por sucesivas y contradictorias lealtades. Dentro de lo mucho que se ha escrito sobre Borges, se ha dejado inexplorada en gran parte, hasta ahora, la interesante y conflictiva naturaleza de las relaciones que mantuvo con algunos escritores decisivos de su juventud. Entre ellos descuellan Güiraldes y Lugones, y a la compleja interrelación entre ellos, poco explorada en la crítica contemporánea, dedicamos estas líneas, que se centran en el período de la vanguardia martinfierrista, al promediar los años 20.

## ***Luna de Enfrente: la marca de Güiraldes***

1924 es un año acelerado: en febrero aparece *Martín Fierro*, el 15 de julio se conocen Güiraldes y Borges en la inauguración de Amigos del Arte, cuyo presidente es Manuel Güiraldes, padre del escritor, y ya en agosto aparece la segunda *Proa*, dirigida por Güiraldes además de tres codirectores: Brandán Caraffa, Pablo Rojas Paz y Jorge Luis Borges. En el otoño europeo apa-

rece «Lettre à deux amis», de Valéry Larbaud, en *Commerce*, dirigida a Ricardo Güiraldes y Adelina del Carril, con motivo de la aparición de *Proa*. Desde estas páginas –reproducidas en una traducción hecha por Adelina en el número 8 de *Proa*– Larbaud festeja la aparición de la segunda *Proa*, capitaneada por Güiraldes, en la cual ve espíritu de independencia, firmeza y ausencia declamatoria –calificativos todos que no dejarían de complacer a Borges, codirector de *Proa*, por su justeza y su justicia. Dice en esta carta Larbaud: «... y de aquí en adelante, los libros que vendrán de la América Latina nos hablarán de cosas que deseamos conocer a fondo, es decir poéticamente: la Pampa, su gran dominio, Ricardo...» (Alberto Blasi: *Güiraldes y Larbaud: Una amistad creadora*. Nova, 1970, p.46)

En 1925 tiene lugar la aparición de *Luna de enfrente*, libro que –a pesar de haber sido injustamente soslayado por el mismo Borges y por la crítica posterior, en general demasiado obsecuente ante los caprichos del supremo mandarín– representa uno de los mejores poemarios de Borges, ciertamente superior a *Fervor de Buenos Aires*. También exhibe esta obra, a las claras, como lo veremos inmediatamente, la marca de Güiraldes.

El prólogo de Borges a este libro en su versión original dice: «Muchas composiciones de este libro hay habladas en criollo; no en gauchesco ni en arrabalero, sino en la heterogénea lengua vernácula de la charla porteña». *Luna de enfrente* contiene algunos de los mejores poemas que haya escrito Borges: «El General Quiroga va en Coche al Muere», «La Promisión en Alta Mar», «Dualidad en una Despedida».

También aparece en él, por primera y última vez en su poesía, un inusitado fervor criollista. Escuchemos (Borges, Jorge Luis: *Obras completas*, Volumen I, Emecé, 1996, p. 60):

Pampa:

Yo te oigo en las tenaces guitarras sentenciosas  
y en los altos benteveos y en el ruido cansado  
de los carros de pasto que vienen del verano.

Pampa:

Yo sé que te desgarran  
surcos y callejones y el viento que te cambia.  
Pampa sufrida y macha que ya estás en los cielos,  
no sé si eres la muerte. Sé que estás en mi pecho.

Esta es la primera vez que Borges canta a la pampa. La palabra aparece seis veces en los diecisiete poemas del breve libro en su última versión –*Fervor de Buenos Aires* tenía el doble. (Hay siete poemas suprimidos con

respecto al texto original –uno de ellos menciona explícitamente, en la última línea, el nombre de Güiraldes. Omisión simbólica, acaso). Entre *Luna de enfrente* y *Fervor de Buenos Aires*, donde la pampa no aparece mencionada, median sólo dos años. Pero es precisamente en este intervalo cuando aparece Güiraldes en la vida de Borges –en la vida literaria y en la vida *tout court*. Aparece Güiraldes con su guitarra y su encanto personal, pero también aparece el Güiraldes que en París está siendo saludado por Valéry Larbaud, en revistas de prestigio, como capitán del grupo de jóvenes renovadores de la escritura nacional.

Son estos dos aspectos de Güiraldes los que imantan a Borges y a través de ellos parece ocurrir esta adscripción súbita de su parte al programa de Valéry Larbaud: decir estéticamente a la pampa. Creo que no sería ninguna exageración de nuestra parte si dijéramos que el poema «Pampa» –y en particular esas dos líneas torpes e ingenuas: «Pampa sufrida y macha que estás en los cielos / no sé si eres la muerte. Sé que estás en mi pecho»– pudo haber sido firmado por Güiraldes. Es la primera vez, por otra parte, que Borges habla de guitarras en su poesía; no habrá muchas más. Es la tenaz guitarra sentenciosa de su amigo Güiraldes la que ha llevado a este cantor nato de la ciudad y sus suburbios a invocar por primera vez a la pampa y su música, con una entonación desacostumbrada en él. Pero hay otros poemas que evocan la cercanía de Güiraldes en este libro, de los que podemos citar estos fragmentos:

### **Jactancia de quietud**

.....

Hablan de patria.

Mi patria es un latido de guitarra, unos retratos y un vieja espada,  
la oración evidente del sauzal en los atardeceres.

Ellos son imprescindibles, únicos, merecedores del mañana.

Mi nombre es alguien y cualquiera.

Su verso es requerimiento de ajena admiración.

Yo solicito de mi verso que no me contradiga y es mucho.

Que no sea persistencia de hermosura, pero sí de certeza espiritual.

Yo solicito de mi verso que los caminos y la soledad lo atestigüen

Gustosamente ociosa la fe pasó bordeando mi vivir.

Pasó con lentitud, como quien viene de tan lejos que no espera llegar.

A propósito de estas líneas es relevante citar una carta de Larbaud a Güiraldes, fechada el 26 de octubre de 1924: «Me alegré mucho al saber que los jóvenes de Argentina empiezan a reconocer la obra de Ud., Ricardo.

Puede ser este hecho el origen de un gran movimiento literario. No he tenido tiempo para leer detenidamente estos dos números de *Proa*; pero Fervor de Buenos Aires me ha gustado mucho, y se lo pido a Ud., Ricardo, transmitir mis felicitaciones al autor. Mi primera exclamación ha sido: Al fin se ponen a cantar la vida y las cosas de su tierra: ¡No más descripciones del petit Trianon y de Venecia! Y en sus Salmos también hay cosas muy buenas. El último verso del primero es inolvidable. (*Hay trazas de su influencia de Ud., Ricardo, en aquel poeta*)» (cursiva mía, IB). (Alberto Lecot: *En «La Porteña» y con sus recuerdos*, Rivolín, 1986 p. 229).

Aquí se refiere Larbaud a tres poemas de *Luna de enfrente* que Borges publicó por primera vez en el número inicial de *Proa*, segunda serie, la dirigida por Güiraldes, bajo el título de «Salmos». El primero de ellos es, precisamente, «Jactancia de Quietud», cuyo último verso dice: «paso con lentitud, como quien viene de tan lejos que no espera llegar». Esta línea tiene, como bien dice Larbaud, una fuerte resonancia güiraldiana, sobre todo del Güiraldes cuyo paso por la India y el hinduismo ha sido algo más que una aventura de curiosidad turística. Aquí aparece el Güiraldes que reencontraremos en *El sendero* y en los *Poemas místicos*, con su mezcla peculiar de estoicismo y desprecio, de orgullo y desprendimiento: un tono espiritual aprendido o experimentado a la manera oriental y que, afectado o no, muy bien puede haber sido sentido como una marca moral distintiva y preferida por el Borges joven y el Güiraldes maduro de aquellos años.

No parece demasiado arriesgado sugerir que los que aquí son designados por Borges como «los que hablan de patria» «los imprescindibles, únicos, los merecedores del mañana» son los representantes de la vieja guardia nacional y nacionalista, los que detentaban en ese momento el mandarinato literario en Buenos Aires: Rojas, Gálvez, Lugones. La fuerza de esta generación, su consolidante retórica y su éxito indisputable en las letras del país no podían dejar de ser intimidantes, aún para los jactanciosos jóvenes de *Proa*, embarcados, sin suda alguna, en la riesgosa tarea de suplantarlos. De allí también la prudente cautela de la última línea.

Notemos que a partir de «su verso es requerimiento de ajena admiración» los renglones finales —con excepción del último— son suprimidos por Borges, en la versión que ofrecen las *Obras Completas*. Pero significativamente, el último, el que Larbaud asignaba a la influencia de Güiraldes —algo que probablemente Borges sabía— ha quedado.

Así como en el ultraísmo Borges había hecho sus primeras armas combatiendo el modernismo rubeniano, en *Luna de enfrente* comienza, de un modo velado pero eficaz, otra batalla de tientes estéticos pero también —y acaso ante todo— de alcances políticos: una novedad en él. En *El tamaño de*